

Peter Forbath

SIETE ESTACIONES

Traducción de Jesús M^a Abascal



ediciones Pàmies

Título original: *Seven Seasons*

Primera edición: enero de 2008

© 1971 by Peter Forbath

© de la traducción: Jesús M^a Abascal, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-16-4

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Foto de cubierta: AFP - Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para Kiki

Prefacio

Los sucesos políticos tratados en este libro son reales y descritos con precisión, y están basados en reportajes de primera mano del autor, así como de otros periodistas y otras fuentes históricas. En algún pasaje, los detalles menores han sido simplificados en aras de una mayor claridad narrativa. Las citas de los programas de radio, publicaciones, comunicados oficiales, etc., están extraídas de documentos reales. Los personajes a los que se hace referencia tan solo por el apellido (Dubcek, Novotny, Cernik, etc.) son gente real, y lo que les ocurre en el libro es lo que les sucedió realmente durante las siete estaciones que duró la revolución en Checoslovaquia (excepto, claro está, donde la novela les sitúa en contacto con personajes ficticios). Los personajes de los que se cita el nombre de pila además del apellido son inventados, y sus aventuras mera creación del autor. Cualquier parecido con personas reales no es intencionado.

P.F.

Índice

PRIMERA PARTE

Invasión (20-22 de agosto de 1968)

SEGUNDA PARTE

Revolución (junio de 1967 – agosto de 1968)

TERCERA PARTE

Ocupación (agosto de 1968 – diciembre de 1968)

PRIMERA PARTE

Invasión

(20-22 de agosto de 1968)

Capítulo 1

El periodista americano se despertó con un sobresalto. La habitación estaba a oscuras, sumida aún en las profundidades de la fresca noche de verano. Se quedó boca arriba, confuso aunque no desvelado del todo, moviendo los ojos por la negrura y escuchando en silencio en un intento por localizar el origen de la interrupción de su sueño.

Karla Silvanova estaba de pie, mirando por la ventana abierta. Estaba desnuda, por lo que permanecía a un lado sosteniendo la anticuada cortina de encaje para protegerse el cuerpo. El periodista vio que la noche en el exterior no era cerrada. La ventana servía de marco para un pálido cuadro plateado, la débil luz del falso amanecer, contra el que destacaba la silueta de Karla, sus anchos hombros, sus caderas generosas, aquellos pechos que sostenían la cortina como un camisón. Su respiración era acelerada pero silenciosa. No era eso lo que le había despertado.

Sus ojos recorrieron los objetos que se amontonaban en la pequeña estancia: un armario elegante delante de la cama, una silla con adornos tallados apoyada contra una puerta que ya no se usaba, una mesa de mármol con quemaduras de cigarrillos y un espejo ovalado con marco de caoba que reflejaba la luz tenue de la ventana. Este último reflejaba el perfil del rostro de Karla. Tenía el pulgar metido entre los dientes, y miraba al cielo en un ángulo extraño.

El cielo. Claro. Andrew Chase se percató entonces de lo que le había despertado. Los aviones. Miró su reloj de pulsera: casi las tres.

En ese momento pasaba otro avión. Su ensordecedor estruendo rompía lo que debería haber sido la silenciosa paz de las primeras horas del día en Praga. Normalmente, no había vuelos previstos en el aeropuerto Ruzyně a esas horas. ¿Un chárter, entonces? Pero otro avión pasó al momento sobre la ciudad, esta vez mucho más bajo, más rápido, con un sonido más agudo, y mientras Chase trataba de averiguar el tipo por el ruido, comprendió que aquellos aviones habían estado llegando desde hacía un buen rato, interrumpiendo su descanso, y que no podía tratarse de tantos chárteres a la vez. Se incorporó.

—¿Qué sucede, Karla?

—Andrew. —No había sido una pregunta exactamente, pero había sorprendido a la mujer, y esta había dicho su nombre como si le sorprendiera encontrarlo allí. En respuesta, se arropó con la cortina y esperó a que él se le uniera en la ventana. Había pensado en darse unos segundos hasta que Andrew se acercara. Con anterioridad, había decidido esperar a que se despertase. Ahora que ya estaba con ella, tocándola, no había más tiempo que esperar ni excusa que inventar para posponer el relato de lo que estaba ocurriendo—. Han estado llegando aviones a la ciudad desde hace casi una hora —dijo con su inglés cauteloso.

—¿Puedes verlos? —quiso saber Andrew.

—No. Vuelan hacia el norte, detrás del Castillo —replicó ella—. Será mejor que nos vistamos —añadió tras una pausa, antes de alejarse de la ventana.

Se encontraban en la segunda planta de un estrecho edificio de piedra gris oscurecido por la carbonilla, frente a un parquecillo del distrito Vinohrady en la Nove Mesto de Praga. Una fea iglesia católica se erigía en un extremo del parque. Su torre torcida, junto a los sucios edificios de apartamentos que rodeaban el parque, trazaban la mayor parte del horizonte. Para ver algo, Chase tuvo que sacar la cabeza por la ventana y alzar la vista. El cielo era una bóveda irregular de terciopelo frío con unas pocas estrellas que brillaban ante la llegada del amanecer. Los aviones ya no lo cruzaban, pero Chase pudo situarlos por el sonido: turbo-propulsores y motores a reacción, aviones de transporte pesado y cazas de escolta. Los transportes llegaban a intervalos regulares; los cazas pasaban de forma errática, originando un ruido molesto. Aún no podía pensar muy bien por haberse levantado hacía poco, pero su cuerpo le llevaba ventaja al cerebro. El latido de su garganta se estaba acelerando. La gente de los edificios que delimitaban el parque empezaba a encender las luces.

El padre de Karla, el profesor Karol Silvan, también encendió la luz. Dormía en el salón, la única otra habitación del pequeño apartamento, en el sofá verde. Había vivido allí desde que el americano se mudara con su hija unos meses antes. Cuando Chase volvió a meter la cabeza, pudo oír al viejo profesor al otro lado de la pared, tratando como siempre de hacer tan poco ruido como fuera posible. Tratando de tranquilizarse, Chase pensó que el profesor estaría de camino al cuarto de baño del pasillo.

Entonces, de repente, el profesor Silvan cesó su actividad. Karla parecía haber desaparecido. Chase estaba a punto de llamarla, pero en ese

momento alguien más dijo su nombre. Eran los susurros del profesor golpeando con insistencia la puerta del dormitorio, demasiado tímido para gritar o entrar, pero con una horrible desesperación.

—Sí, *tata*, estoy aquí —dijo Karla en eslovaco, levantándose con rapidez de la cama donde estaba vistiéndose. Le abrió la puerta a su padre y la luz de la lámpara del salón atravesó la oscuridad de la habitación como un cuchillo. Chase, que aún estaba en ropa interior, dio un salto atrás.

En circunstancias normales, el profesor Silvan aparecía frágil y asustado, hombre diminuto como era, marchito y arrugado por años de encarcelamiento político. Esa noche, a Chase le pareció más repulsivo aún. Se aferró a las manos de su hija. Tenía los ojos abiertos como platos por el terror y movía la boca sin decir nada, incapaz de crear frases completas. Karla le escuchó con una paciencia dolorosa, en un intento por darle sentido a sus balbuceos. Entonces, ella se giró hacia Chase.

—Mira en la calle, Andrew... —gritó ella. Empezó a hablar en eslovaco. Volvió al principio, tratando de emplear palabras que él pudiera entender, y le salió una mezcla de alemán e inglés—. En la *strasse*, Andrew. Dice que en la *strasse* hay un *panzer*.

No era un tanque, sino algún tipo de transporte blindado de tropas. Pero debido a su aspecto, al cañón y al metal negro que lo cubría y que refulgía en la penumbra, tenía el atemorizador aspecto de un tanque. Parecía estar en la calle por equivocación, porque mientras Chase lo miraba con asombro, maniobraba con torpeza para dar la vuelta. Derribó una hilera de cubos de basura al intentar subirse a la acera. Desde algún lugar de las inmediaciones, el claxon de un coche sonaba como enloquecido. Un taxi Skoda entró en la misma calle rodeando el parque. Cinco o seis personas, niños en su mayoría, corrían tras él gritando. Muchas cabezas se asomaban desde las ventanas de sus casas. El vehículo blindado rozó la pared del edificio contiguo, destrozando la fachada de estuco. Los chicos y el taxi se pusieron en su camino tratando de bloquearle el paso. La torreta se abrió y un soldado con casco de cuero emergió con una metralleta. El taxista volvió a tocar el claxon, y los chavales le abuchearon y silbaron. El soldado levantó el arma y disparó una ráfaga al aire. La contestación armada del soldado retumbó en la madrugada, obligando a los chicos a desbandarse.

—Hijo de puta —soltó Chase, apartándose de la ventana por instinto. Karla había echado al suelo a su padre al oír los disparos—. Hijo de puta —repitió Chase, temblando. La maldita invasión rusa, la jodida noticia

del año, y él estaba justo en medio. Esperó los siguientes disparos. Las siguientes ráfagas procedieron del otro lado de la calle: el vehículo blindado estaba atravesando el parque—. Será mejor que encendamos la radio —dijo Chase.

—Está encendida —replicó Karla—. La encendí antes de que te despertaras. Pero no hay emisión.

No, claro que no.

—¿Y el teléfono? ¿Has probado el teléfono?

Pero Karla no respondió. El profesor Silvan estaba llorando y ella se volvió para acunarle la cabeza en su pecho. Chase dedujo que el teléfono pronto dejaría de funcionar, y también el telégrafo, si es que no lo habían cortado todavía. Cerrarían las fronteras y el país quedaría sellado muy pronto. No sabía cómo iba a enviar sus reportajes, pero de momento no podía preocuparse de eso. Al mirar a Karla y a su padre en el suelo pensó en lo asustados que debían de estar, y se acercó a ellos. Posó la mano en el hombro de Karla con suavidad, y después pasó los brazos alrededor de ella para abrazarla. Sin embargo, no pudo obligarse a tocar al anciano.

Cuando el avión ruso de los que estaban al mando aterrizó, el hombre de la silla de ruedas ya estaba en la sección de equipajes de la terminal de salidas internacionales del aeropuerto pragués de Ruzyne. No había ningún viajero en la sala. El último avión en salir esa noche había partido hacía una hora, y el siguiente vuelo no sería hasta el día siguiente. La iluminación fluorescente era escasa y dejaba zonas en sombras. Había dos hombres sentados en la barra de la cafetería de la terminal, y aunque estaba cerrada y la camarera se había marchado a casa hacía rato, habían conseguido varias botellas de cerveza que bebían ahora en lenta procesión, inclinados sobre el mostrador de piedra. Le hicieron un gesto con la cabeza al hombre de la silla de ruedas, pero este no se les unió. Se impulsó hacia la enorme ventana panorámica, desde donde observó las pistas con sus ojos claros protegidos por gruesos anteojos con montura de metal. Fumaba cigarrillos BT búlgaros uno tras otro. De vez en cuando, una mujer ataviada con un mono azul manchado y un paño blanco se acercaba y barría la ceniza que iba dejando.

Había algo más de vida en la terminal de vuelos nacionales. Se esperaba que llegase un último vuelo procedente de Kosice y Bratislava, y un puñado de personas aguardaba jugando a las cartas, comiendo o durmiendo entre equipajes y cestas. No obstante, predominaba un gran si-

lencio en toda la terminal. Las tiendas y los kioscos estaban cerrados. Una azafata de tierra se hacía las uñas. Un teléfono sonó en uno de los mostradores de información abandonados. Los pasos de los encargados de ventas, aduanas y seguridad del aeropuerto reverberaban en el mármol pulido y el metal del suelo de la terminal cada vez que pasaban.

El primer avión ruso fue anunciado con normalidad a través del sistema de megafonía como un vuelo especial procedente de Lvov. Era un Aeroflot An-24, y se hallaba en los lejanos barracones de la terminal vieja, ya sin uso comercial, donde había apagado sus luces. Nadie había desembarcado. El hombre de la silla de ruedas miró el reloj: pasaban unos minutos de las diez. El segundo Aeroflot An-24 aterrizó una hora después. Sin embargo, este se situó en la terminal nueva, justo debajo de la mirada inexpresiva del hombre de la silla de ruedas. El comandante del Escuadrón Aéreo de Seguridad, el jefe de Control de Pasaportes y otros oficiales checoslovacos se aprestaron a recibir a los rusos que desembarcaron: hombres corpulentos con abrigos largos y sombreros de ala ancha. Los dos hombres de la cafetería se levantaron de un salto y se unieron al grupo cuando este entró en la terminal de salidas internacionales. Uno de ellos señaló al hombre de la silla de ruedas y unos cuantos se dieron la vuelta. Uno de los agentes rusos recién llegados se tocó el ala del sombrero. El grupo empezó a intercambiar frases cortas, primero en ruso, luego en checo, y después siguieron andando. Sus pasos se perdieron en la distancia de la terminal como una bola grande que rodara por una calle sin fin. Sin embargo, un joven oficial checoslovaco se quedó atrás.

—Teniente —le saludó el hombre de la silla de ruedas.

—Señor.

Hasta ellos llegó el ensordecedor ruido del segundo An-24 dirigiéndose a la pista de despegue para regresar a Lvov. El hombre de la silla de ruedas y el joven teniente esperaron hasta poder oírse el uno al otro.

—Señor —comenzó de nuevo el teniente—, tengo órdenes de despejar la terminal de salidas internacionales desde ahora.

—Ya lo veo, teniente. Solo estamos usted y yo. Parece que ha hecho un gran trabajo.

—Gracias, señor, pero... bueno... me preguntaba si usted... —El joven teniente dudaba. Cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna y apartó los ojos de la intensa mirada del hombre de la silla de ruedas—. Quizás le gustaría unirse a los demás en la oficina del coronel Salgovic, señor —dijo de forma atropellada—. Hay pasteles y *slivovice*.

— Ya veo. El coronel Salgovic es muy atento —replicó divertido el hombre de la silla de ruedas. Pero cuando el joven teniente se dispuso a empujar su silla para llevarlo pasillo abajo, este se negó—. Me las arreglaré yo mismo.

El coronel Salgovic, jefe del Segundo Departamento del ministerio del Interior, se hallaba sentado tras el escritorio de la oficina de Seguridad del Estado de la terminal. También se encontraba allí un puñado de sus agentes, que ganduleaban apoyados en los archivadores y creaban una desagradable neblina con sus cigarrillos baratos. Se quedaron mirando al hombre de la silla de ruedas cuando entró, y después continuaron con su inactividad.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó Salgovic con un susurro áspero.

—Pensé que me había invitado a un vaso de *slivovice*.

Salgovic sacó una botella de brandy de ciruelas del cajón del escritorio y la posó en la mesa junto a un vaso vacío—. Esta no es su misión —continuó, enfadado—. Usted es responsable de los preparativos en la Secretaría.

—Los preparativos están preparados, no se preocupe —dijo el hombre de la silla de ruedas antes de servirse un dedo de *slivovice*—. Tengo allí a algunos de mis mejores chicos.

—Usted en persona debería estar allí. Aún tiene tiempo. —Salgovic miró su reloj: pasaba de la medianoche—. Ahora váyase —finalizó.

—No me dé órdenes, coronel —le replicó con voz monótona el hombre de la silla de ruedas—. No las recibo de usted.

Salgovic se recostó en su silla, que chirrió. Apoyó la barbilla en sus manos entrelazadas y miró el techo, como si tratara de calmarse. Volvió a inclinarse hacia delante. Se percató de que los demás agentes de Seguridad del Estado estaban escuchando, así que habló en voz baja.

—De acuerdo, quédese aquí si lo desea —dijo—. Pero nada de trucos. Le aviso, camarada, no intente jugármela. Se la está jugando, no crea lo contrario. Si algo sale mal, será su cuello tanto como el mío. No puede jugar a dos bandas, así que ni lo intente.

—No se preocupe, coronel. Nada de trucos —dijo el hombre de la silla de ruedas mientras bebía de su *slivovice*—. Solo quiero estar aquí para ver cómo sucede.

Y a las dos de la madrugada, una hora antes del falso amanecer, lo vio suceder. Varios An-12, los enormes transportes militares rusos con turbohélice, escoltados por cazas MIG-21, empezaron a aterrizar en Ruzyne

sin aviso, a intervalos de un minuto. El Aeroflot An-24, aparcado en la oscuridad de la vieja terminal como una araña al acecho, les estaba dando el permiso. Sus entrañas estaban llenas de aparatos electrónicos. No importaba lo que la torre de control de Ruzyne hiciera para evitar la invasión aérea.

De todas formas, tras los primeros minutos la torre de control ya no podía siquiera intentarlo, pues fue tomada desde el interior. Una avanzadilla de la policía de seguridad rusa que había llegado en el segundo Aeroflot An-24, reforzada por agentes de la KGB que ya se hallaban en la ciudad y sus colaboradores checoslovacos del Segundo Departamento de Salgovic, se desplegó por la terminal, pistola en mano y escopeta al hombro. Los agentes de Salgovic se materializaron en los pasillos traseros, en el entresuelo y entre la maquinaria zumbante del sótano para apagar interruptores, cortar cables y arrancar de las paredes la instalación eléctrica. Un destacamento de las tropas paramilitares del Ejército Rojo, con sus cascos de camuflaje, cananas y granadas, atravesó las puertas de cristal de la terminal desde las pistas de vuelo. Se produjeron gritos de sorpresa, de rabia, de protesta. En respuesta, el repentino estallido mortal de un disparo de rifle y el terrorífico aullido del rebote de la bala. El sonido de un cristal roto. Los pasajeros de la sala de espera de la terminal de vuelos domésticos se aprestaron a buscar refugio entre sus equipajes. Los empleados del aeropuerto fueron sacados de sus oficinas, reunidos y conducidos al exterior. El hombre de la silla de ruedas se abrió camino con destreza entre el caos reinante. Se fue por una salida trasera. Ya había visto lo que había venido a ver.

Rodeados por el estruendo de las turbohélices y el aroma de la goma quemada, y bajo un cielo surcado por ruidosos reactores, los An-12 descargaron hora tras hora docenas de soldados en diversos puntos de las pistas de vuelo, para luego volver a marcharse. Los reflectores móviles atravesaban la noche y reunían a las diferentes unidades de aquel ejército masivo: infantería motorizada, brigadas de tanque, equipos de obuses autopropulsados, cañones antitanque y artillería antiaérea, equipos de apoyo con furgones de comunicaciones y camiones de suministro, secciones de reconocimiento con *jeeps* y vehículos blindados con morteros y ametralladoras, decenas de miles de soldados desplazándose a través de las tierras de cultivo de Ruzyne en dirección a Praga.

El cabo Gregor Katushev perdió un hombre al bajar la rampa de popa del transporte de tropas. Uno de los kalmukios de su pelotón se cayó en-

cima de su propio fusil, rompiéndose la rótula, y no podía levantarse. Katushev, jurando en ucraniano, lo apartó de una patada para quitarlo de en medio y este cayó desde la rampa fracturándose el cráneo. Katushev oyó el crujido pero había que despejar la rampa, pues el avión ya se estaba situando para despegar de nuevo. Katushev bajó gritando órdenes, la mayor parte amortiguadas por el alboroto, buscando su pelotón. Cogió una cadena y tiró de ella para ayudarse a subir al vehículo de transporte. Un bidón de combustible se soltó de algún sitio y golpeó a un soldado que soltó el trípode de ametralladora que cargaba, para luego perderse en la oscuridad. Había soldados a los que se les disparaba el arma por todas partes. Las sirenas aullaban. Un reflector hizo un barrido por el convoy y fijó por un segundo la confusión del asalto como en una fotografía, metal negro y carne blanca sin paisaje de fondo. El vehículo del cabo Tolopkov, que abría la marcha de la sección de Katushev, empezó a moverse. Katushev hizo un recuento rápido, se abrió paso a patadas y le hizo una seña a su conductor para que siguiera al otro vehículo, a pesar de que faltaban dos hombres. Cuando se pusieron en marcha, se arrodilló y desplegó su plano.

El verdadero amanecer estaba llegando y viajaban hacia él, en dirección a aquella suave línea rosa y azul que se convertía en gris según alzabas la vista, hasta convertirse en la noche oscura salpicada de estrellas que aún tenían sobre las cabezas y a su espalda. El convoy de Katushev entró en Praga desde el noroeste por Leninova, entre las nuevas casas del ensanche de Dejvice, hasta llegar a la plaza de la Revolución de Octubre. En ese punto, el convoy se dividió en tres.

Al sur estaba Hradcany y el Castillo de Praga, que se erigía sobre las siete ciudades de Praga, además de una compleja sucesión de patios, la Callejuela del Oro, murallas medievales y bóvedas románicas, la puntiaguda catedral gótica de San Vito, rodeada por las verjas de hierro de la puerta de Matías, la torre de la Pólvora de Mihulka, el Daliborka y los bastiones del Palacio. Bajo los jardines del castillo se extendía hasta el río Mala Strana, la ciudad menor, sobre un terreno calizo cubierto por un polvoriento empedrado que serpenteaba entre casas barrocas azulejadas en tonos pastel, plazas ornamentadas, parques arbolados y caminos con barandillas. Al río Moldava lo cruzaban once puentes que llevaban a la Stare Mesto y a la Nove Mesto, la Vieja Ciudad y la Nueva. Las gaviotas volaban bajo los puentes y los patos anidaban en los juncos de las isletas del río. Los comerciantes de la Edad Media habían vadeado el Moldava hasta la Stare Mesto; más tarde, los molineros habían fabricado harina

en su dique y Jan Hus había predicado en la plaza del mercado. La torre de la Pólvora era todo lo que quedaba de las murallas fortificadas que rodeaban el laberinto de callejones. Más al sur, la Nove Mesto descansaba sobre la llanura bohemia bajo la neblina de la mañana y brillaba con el débil fulgor amarillento de las primeras luces, conectada por líneas de tranvía y anchas avenidas, y repleta de galerías comerciales que convergían hacia la enorme e histórica plaza de Wenceslao.

Y ahora el Ejército Rojo se diseminaba desde las alturas del Castillo hacia las diferentes ciudades.